



ROMANCE TRAGICO

DE

DOÑA ROSA DE ESPAÑA.

Refiérense los lances y sucesos amorosos que sucedieron á esta dama por su amante Don Félix Miranda.

Atienda todo viviente,
 mientras mi lengua declara
 de una animosa muger
 los hechos de mayor fama,
 que se ha escrito en estos tiempos,
 ni en los pasados se halla,
 cuyo prodigio esmaltado
 queda para edades largas,
 del valor para memoria,
 y gran lustre de las damas.
 En la ilustre Cartagena
 la coronada de armas,
 nació de muy nobles padres
 una muy hermosa dama,
 cuyo nombre es Doña Rosa,
 su padre es Don Juan de España,
 Alferez mayor del Rey,
 y su madre Doña Laura.
 Criáronla con alhagos,
 y por ser la mayorazga,
 su padre y su madre alegres
 solo en ella se miraban.
 Cumplidos los quince abriles
 de aquesta Vénus humana,
 era tanta su belleza,

que en amorosa campaña
 de fuertes competidores
 que rondan su calle y casa,
 sin dar audiencia á ninguno,
 placentera se ufanaba,
 fulminando siempre flechas,
 sin querer ser feudataria.
 En esta ciudad vivia
 un Don Félix de Miranda,
 el cual firme á sus desprecios,
 no paró hasta contrastarla,
 supo ganarle el afecto,
 con que quedó aprisionada.
 Por un jardin deleitoso
 era por donde se hablaban,
 cuando estando entre rosales
 Doña Rosa, oyó palabras,
 que decian á Don Félix:
 prevéngase con la espada
 para defender la vida,
 porque la muerte le aguarda;
 y ella muy resuelta dijo:
 quién á Don Felix agravia,
 sabiendo que yo estoy viva,
 y he de tomar la demanda?

senteneia tiene de muerte
quien intenta tal infamia.
Y haciendo burla los dos,
alevosos caminaban
para esperar á Don Félix,
y un trabuco le disparan,
y sin ser reconocidos,
se ausentaron de su patria.
Al estruendo del traquido
pronta se asomó la dama,
no vido alguno en la calle,
sino es el muerto que estaba
debajo de sus balcones,
y dijo desesperada:
matar un hombre á traicion
por pretender á una dama,
es una accion muy infame,
y siendo mia la causa,
aunque yo no los conozca,
he de seguir sus pisadas.
Dieron cuenta á los parientes,
lo llevaron á su casa
y sus padres como nobles
perdonaron esta causa,
y á cargo de la justicia
el castigo se quedaba;
diéronle en fin sepultura.
En este tiempo la dama
se vistió en traje de hombre
previniéndose de armas;
y montando en un caballo,
que al viento se le igualaba,
partió á buscar sus contrarios,
y al pasar una montaña,
oyó una voz que decia:
hombre muerto nunca habla,
y se fue paso entre paso.
Cuando llegó donde hablaban,
vido que siete ladrones
á un caballero robaban,
y á su muy querida esposa,
que venian de Granada
de haber difinido un pleito,
que al mayorazgo tocaba:
y muerto ya el mayordomo
la señora maniatada,
afligido el caballero
los ojos al cielo alza,
y de Jesus en las manos
su espíritu encomendaba,
con el alma de su esposa,

pues perdida la esperanza
tenia de ver sus hijos,
los parientes y su patria,
pidiendo favor al cielo,
y á la Virgen soberana.
Doña Rosa enternecida,
y al mismo tiempo arriesgada,
de los siete mató á tres
con un tiro que dispara;
procuraron la defensa
les cuatro que allí quedaban,
y disparando centellas,
sin que un pelo la tocaran,
todos cuatro fenecieron,
tomando el suelo por cama.
Desató los dos consortes,
los que le dieron mil gracias,
y en señal de agradecidos,
le ofrecieron una alhaja,
porque de ellos se acordase:
era una cruz de esmeraldas,
y un cintillo de diamantes;
y al dárselo preguntaban
su nombre, y á donde fue
su nacimiento y crianza.
Conque al darles la respuesta,
de su pecho desenlaza
un santo Cristo de oro,
y en sus manos lo dejaba,
diciendo: tomad, señora,
esta rosa, que trocada
se vió nacer entre espinas,
cuyas hojas colocaba
la honra del real tesoro,
y de un difunto heredaba:
yo en su nombré soy Don Félix.
Don Pedro y Doña Mariana
se despidieron contentos
á dar cuenta á Caravaca:
Doña Rosa partió á Murcia,
y se hospedó en una casa,
donde halló unos caballeros,
que entretenidos estaban;
se sentó á jugar con ellos
en un tablero de damas,
y le dijo el uno al otro:
amigo, noticia rara,
que Don Simon de Aguilar
y Don Francisco de Argalia
salieron de Cartagena,
y á la posta caminaban.

Doña Rosa dijo entonces:
qué ocasion les precisaba
á esos nobles caballeros
para salir de su patria?
Con presteza respondieron:
disiones no le faltan
al que tiene mayorazgos,
y pleitos en la sumaria;
que á Alicante van de cierto,
esto nos dice una carta.
Doña Rosa calló entonces,
y dispuesta á la venganza,
en aquella misma noche
se quiso poner en marcha
en busca los agresores,
y con brevedad llegaba
á la ciudad de Alicante,
en donde tomó posada,
encargando mucho el huesped
que le pusiera la cama
en un cuarto que tuviese
á la calle la ventana.
Hízolo así, y una noche
dos mayordomos estaban
hablando bien de sus amos,
del buen trato que les daban,
y uno dijo al despedirse:
dependencias no me faltan,
porque huéspedes tenemos;
y el otro le preguntaba:
pues quién son? y respondióle
huyendo de una desgracia,
salieron de Cartagena,
y vinieron á esta patria
dos hidalgos caballeros,
y en casa mi amo paran.
Tente, lengua, y no prosigas
á despertar la ignorancia
de quien busca con cuidado,
y escuchando está con ansia!
Hizo pues las diligencias,
y los halló en una plaza,
y les dijo: caballeros,
Don Félix soy de Miranda,
á quien dejasteis por muerto
con alevosía ingrata;
pagareis como traidores,
pues ya estamos en campaña.
Meten mano á los aceros,
y los tres en la batalla
pelean como leones,

y Doña Rosa de España
á Don Simon le dió muerte,
y Don Francisco clamaba
que le den los Sacramentos.
Dando voces á la guardia,
acudieron los soldados
con la bayoneta armada,
y el señor Gobernador
mandó las calles cercáran:
pedian favor al Rey;
y diciendo, viva España,
aquí mató seis ministros,
tres soldados, y una bala
le dió un chispon en el brazo,
pero hizo que le temblaran.
Salió tomando el camino,
y descubrió en una cala
doce moros, y la apresan,
y en Argel la desembarcan.
Un renegado compróla,
que Mostafarí llamaban,
que era señor de vasallos
por su esposa Moradayfa.
Le preguntaron su nombre,
y qué oficio egercitaba,
y si sabia escribir.
Ella respondió, en mi patria
cultivaba los jardines,
laboreando sus plantas:
por imitar á un difunto,
á mí Don Félix me llaman;
algo entiendo de la pluma,
aunque no la tengo usada.
La hicieron su mayordomo,
y que el caudal gobernara:
cautiva estuvo dos años,
y al cumplirles, Moradayfa,
la llamó á solas un dia,
diciéndole estas palabras:
yo, Cristiano, por tí muero;
y si tú á mi amor le pagas,
serás dueño de Turquía,
y yo de un Cristiano esclava,
que haciendo lo que te mando,
siempre tendrás á tus plantas
navíos, cautivos, moros,
y abundancia de oro y plata.
Doña Rosa respondió:
Señora, mira y repara,
que en sobrina del gran Turco
hace mal viso esa mancha;

eso no cabe en mi pecho.
Y la mora replicaba:
vete, Cristiano atrevido,
que yo te daré la paga.
Vino á la noche su esposo,
y le dice Moradayfa:
ese insolente Cristiano,
que con cariño le tratas,
es infame cauteloso;
pues se arrojó con infamia
para profanar mi honor,
en ofensa de tu fama:
me servirá de testigo
esté puñal, que arriesgada
se lo quité de las manos,
pues con él me amenazaba.
Se enfureció el renegado,
y de cadenas la carga,
bajándola á la mazmorra,
y el alimento le tasa
porque allí el hambre le diera
la muerte mas desdichada.
Habia en Argel un Turco,
que compadecido estaba
de ver su amigo Don Félix
en la afliccion que se hallaba;
y así para darle alivio,
á la mazmorra bajaba,
á donde todos los dias
la comida le llevaba,
que tambien entre los moros
se ven acciones hidalgas.
El amo á los ocho dias
á ver el cristiano baja,
y asi que le vido vivo,
de esta manera le habla;
quien atropella á mi esposa,
muerte merece su infamia.
Doña Rosa dijo entonces:
Señor, puede entre dos damas
haber deshonesto esceso,
siendo mugeres entrambas?
ella á mi me pretendió
que por varon me juzgaba,
y á su loca pretension
yo le volvi las espaldas:
prometió darme castigo;
con qué ya estoy declarada

ser muger, y no ser hombre.
El renegado se espanta
de este falso testimonio,
y de prisiones la saca.
Echóse á los pies del Rey
diciendo que Moradayfa
le levantó un testimonio
á un cautivo que allí estaba,
y que inficiona la ley,
siendo adúltera profana:
y que el Rey la sentenciase,
porque otras escarmentáran.
Mandó el Rey que luego al punto
la llevasen á la playa,
y que encendida una hoguera,
de aceite un caldero traigan,
y ella puesta en carnes vivas,
á un palo que la amarráran,
y con el aceite hirviendo
tres moros que la rociaran,
que este castigo merece
quien testimonios levanta.
Se egecutó la sentencia,
y feneció Moradayfa;
y el renegado le dió
á Doña Rosa de España
libertad, y seis mil doblas,
y que á Dios le encomendara,
mientras que pasaba á Roma
á que le absolviera el Papa.
Doña Rosa se embarcó,
y el Rey de Argel la hizo salvar:
le fue el viento favorable,
y á Cartagena llegaba.
Fuese á casa de sus padres,
que difunta la lloraban:
contóles toda la historia,
y luego que ya ajustadas
se miraron ambas partes,
dijo de que en santa Clara
determinaba ser monja,
llevándose en su compañia
á la Inmaculada Virgen
de Africa Reyna sagrada,
que ruegue por los oyentes,
y que acierto le dé á España,
paz cumpida á nuestros Reyes,
gloria á la Iglesia Romana.

FIN.